

Lejos de mi patria

Tenía quince años y mi país, Ecuador, estaba viviendo una trágica guerra civil que había obligado a muchas personas a huir de sus casas, a emigrar, a esconderse. También mi mamá fue obligada a hacerlo. Tenía un salón de belleza muy bien encaminado y en marcha, era grande con muchos clientes, pero, con el seguir de los eventos, las ganancias comenzaron a disminuir y mi madre empezó a tener dificultad para mantener sola a sus tres hijos.

Fuimos a vivir al campo con los abuelos y para nosotros a pesar de todo empezó un periodo de despreocupación, andábamos con las bicicletas por las callecitas de la montaña, descubríamos los bosques y seguíamos el camino de muchos animales. Era también una aventura emocionante ir al gallinero de casa a juntar los huevos recién puestos, seguir los preparativos de la abuela cuando cocinaba el pollo o las otras comidas, cuando ponía el pan en el horno de leña. Algunas veces íbamos a ver también al abuelo que preparaba y entrenaba los gallos de riña.

A todo esto teníamos también la obligación de los estudios y en la escuela seguíamos las lecciones con mucha atención. Era una vida que transcurría con cierta tranquilidad, y a nosotros, de la tragedia de la nación, nos llegaba sólo el eco.

Lamentablemente no tenía a mi padre pero estaba mi tío que me protegía, me ayudaba y para mí era un punto de referencia. Cuando mi madre fue obligada a emigrar a Italia y dejarnos, muchas cosas cambiaron. Con su ejemplo me había enseñado a ser fuerte, pero con su ausencia todo esto se desvaneció. Sufrí mucho su partida, por quince días no salí nunca de mi habitación, ni para comer, ni para ir al baño. Me encerré bajo llave hasta que comprendí que mis hermanos más chicos me necesitaban, necesitaban a su hermana mayor, una hermana que tenía que ser fuerte.

Era una buena alumna, tuve siempre buenas notas, pero el dolor de vivir sin ella me había llevado a deprimirme.

Empezé tomando una cerveza al día, hasta llegar a tomar una botella entera de whisky sin tener ningún efecto, a la edad de diecisiete años ya tenía una gastritis fuertísima por la cual el médico había sido claro: o la terminaba o arriesgaba de hacerme venir un cáncer de estómago. De frente a ésta realidad no tomé más desde ese mismo día, me impresionó también ver salir de su estudio una chica de dieciocho años que no había seguido sus consejos, en ella me vi a mi misma dentro de un tiempo, y sentí miedo.



Sin mi mamá mis días eran oscuros, no tenía ganas de hacer nada, ni energía y mucho menos fantasía. Ella era mi respiración, mis ojos, mi voz, ella era mi razón de vida, mi estímulo e incentivo escolástico tanto así de haber sido la única graduada con el máximo de las notas en la Universidad. No veía la hora de reencontrarla, habían pasado tantos años sin poder abrazarla.

Me faltaban también mis hermanos que fueron criados por mí durante un tiempo, que siendo los más chicos, poco después, tuvieron que ir a vivir con mi madre antes que yo. Contaba los días que todavía me faltaban para tomar el avión y estar con ellos,

cuántas lágrimas, cuántos años de profundo y silencioso dolor serían recompensados cuando volvería a ver sus ojos. Sentía lástima cuando pensaba que tenía que dejar a mis abuelos, mis tíos, primos, amigos, pero la alegría de abrazar de nuevo mi madre y hermanos compensaba todo. Los días antes de irme no conseguía dormir, sentía dentro de mí muchísimas emociones contradictorias, de una parte estaba contentísima, y de la otra parte sentía muchísimo dolor, dejar todo lo que amaba para reencontrarme con lo que amaba aún más.

Aquel fatídico día en el aeropuerto todos lloraban, el cielo teñido de gris, y los ojos de quienes me querían llenos de sufrimiento, un sufrimiento que para mí era al límite con la felicidad. Abracé fuertísimo a cada uno de ellos, todos me rogaban de no olvidarlos, ¡cómo hubiera podido!

Focalizaba los cabellos blancos de mis abuelos, la sonrisa forzada de mis tíos, las bromas tontas de mis amigas que lamentablemente no me hacían reír. Entre todos mis amores tuve que dejar mi novio, le prometí que volvería después de una año y le pedí de esperarme.

Odiaba el aeropuerto, para mí era un símbolo de sufrimiento, pero una vez sentada en el asiento del avión a pesar que lloraba, estaba feliz, viajaba con la imaginación. Imaginaba todo lo que iba a vivir con mi familia, tenía que recuperar seis años de soledad, soñaba que, con mi graduación en turismo y mi capacidad de hablar inglés, italiano y español me hubieran permitido de encontrar enseguida un trabajo.

Mientras sentía el ruido de las turbinas mi corazón se agitaba y veía las luces de la pista de aterrizaje, las personas se veían pequeñísimas de lejos, alcanzaba a delinear sus manos moviéndose mientras saludaban a todos nosotros migrantes y cuando el avión empezó a tomar velocidad mi corazón batía fuertísimo, un dolor de estómago enloquecedor hasta que sentí que se despegó de la tierra... Aquel momento, ese preciso instante, sentí como una rajadura dentro, un vacío interno inmortalado de una lágrima. Sentí claramente cómo un pedazo de mí se quedaba allí, era como ser un árbol y una parte de la raíz, aunque si el avión andaba cada vez más alto, no se quería arrancar de esa tierra que me había visto nacer y crecer.



Dejaba parte de mi vida, de mis sueños, mis amores, para alcanzar otra realidad más allá del océano. Me fui con la enorme esperanza que un día, no sabía exactamente cuándo, hubiera podido volver con nuevas posibilidades y así poder juntar toda mi familia para siempre.

En tantas horas de vuelo y mientras miraba las nubes fantaseaba con mi nueva vida. Mientras estaba en viaje, el cielo a un cierto punto se encontró, mitad inmerso en el día y la otra mitad en la noche, me preguntaba si sería un mensaje del universo o simplemente un fenómeno atmosférico.

Inmediatamente en el avión empecé a vivir la diferencia de las comidas, no me gustaba, no sentía ningún sabor. Cuando anunciaron el aterrizaje, se presentaron las mismas emociones que tuve durante el despegue, dolor de estómago, sudoración, los latidos del corazón eran tan fuertes que me parecía que escapaba de mi pecho. Ver las nubes mientras descendíamos a mi nueva patria, me tranquilizaba, sabía que me permitiría de abrazar mis seres queridos y cuando las ruedas tocaron la tierra, naufragaba en un sentimiento de profunda paz y alegría que invadía mi cuerpo y mi alma.

Toda la gente aplaudía mientras yo estaba petrificada de la alegría al pensar que todas las cosas que había imaginado se hubieran transformado en realidad. No veía la hora de ver mi familia, abrazarlos, los minutos parecían eternos y las personas a mi alrededor de golpe eran los seres más lentos de la tierra. Cada paso que daba en aquel largo corredor acortaba la distancia hacia mi felicidad hasta que las puertas se abrieron y vi mis tres amores con los brazos abiertos.

En absoluto, éste día, fue el más feliz de mi vida. Nos abrazamos fuertísimo y nos prometimos que nunca más nos separaríamos, prometiendo de hacer realidad cada uno de nuestros sueños y de permanecer siempre juntos.